









# Jazz

Sonia Rico

Las mujeres  
en la **orilla**  
izquierda del  
Jazz

ELVO Editorial · Narrativa  
info@elvoeditorial.com  
www.elvoeditorial.com

Primera edición: junio, 2022.

© Sonia Rico Trujillo.  
© ELVO Editorial.  
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscutat.  
© del prólogo: Tatiana Goransky  
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 1003-2022  
ISBN: 978-84-124591-3-5



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, dirijase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.







# Jazz

Sonia Rico

Las mujeres  
en la **orilla**  
izquierda del  
Jazz



NARRATIVA



*Pour Nicolas, ma vraie vie.*



## PRÓLOGO

El jazz es una de las formas narrativas más puras que existen. Cuenta en tan solo unos minutos lo que en papel puede tomarnos años. Las dos son maneras de narrar, sí, pero hacer jazz es habitar siempre el aquí y ahora, mientras que escribir es estar presente al tiempo que nos ausentamos para leernos, releernos, corregirnos. En el jazz no podemos tachar lo que decimos; al producir sonido, al producir relato, ya no es posible retractarse: nuestro cuerpo está ahí, en el escenario, siempre vulnerable, siempre a la vista. Pero escribir también es poner el cuerpo, exponerse. Y si en los últimos años se intentó visibilizar a las escritoras que durante siglos firmaron sus libros con el nombre de sus compañeros, o un simple «anónimo», en *eJazz* Sonia Rico ilumina el mundo de las jazzistas.

Y es que el mundo del jazz también fue tierra de hombres. Las mujeres desaparecían detrás del humo de los cigarrillos y de todo ese imaginario construido alrededor de los antros de Estados Unidos y Europa. Imaginario reforzado por las películas clásicas del cine *noir* y sus sensuales damas en apuros. Lejos de esos estereotipos están estas mujeres que hoy, gracias a Rico, encuentran su reivindicación en estas páginas.

A través de la ficción, la autora explora el impacto de figuras tales como Jane Ira Bloom, Esperanza Spalding, Laurie Frink, Marian MacPartland, Melba Liston,

Carla Bley, Alice Coltrane, Tokisho Akiyoshi o Viola Smith, entre otras. Constituido por doce relatos que de alguna u otra manera están influenciados por un tema musical y una intérprete, el libro es un caleidoscopio de escenarios pequeños, peculiares, cuidados. A través de ellos no solo conocemos personajes imaginados por la autora, sino que viajamos en vinilo junto a algunas de las más interesantes saxofonistas, contrabajistas, trompetistas, pianistas, vocalistas, trombonistas, compositoras, arpistas y bateristas del género. Muchas de ellas incluso desconocidas por la gente que se considera versada en el tema.

El gran saxofonista Johnny Griffin dijo alguna vez que «el jazz es música hecha por y para gente que elige sentirse bien a pesar de las condiciones». Un idioma universal, pienso yo, que interpela y emociona a gente de lo más variada, pero también un idioma universal que es utilizado por gente de los más variada. No repara en género, edad, clase, no hace distinción. El instrumento (la música) no sabe quién lo toca (quién la interpreta), solo sabe cómo. Y me quedo pensando en todas estas mujeres que hicieron y hacen música «a pesar de las condiciones» y que eligen sentirse bien. Ojalá los relatos de Sonia Rico no solo les traigan el placer de una buena lectura, sino que, además, les generen el deseo de expandir su propia *playlist*.

Tatiana Goransky







# EvJazz





*“El jazz siempre ha sido como el tipo  
de hombre que no te gustaría para tu hija”.*

Duke Ellington



# Champagne y mandarinas





Kazan, Rusia. 2019

«The man with glasses» (Mighty lights, 1982)  
Jane Ira Bloom

A Sofiya habían dejado de incomodarle las rarezas de Yevgueni.

Hacía tiempo que ya no reparaba en si se ponía los jerseys del revés para atraer a la buena suerte o si tomaba dos pastillas analgésicas antes de que empezara su migraña en vez de una, según él, para avisarle al cuerpo de que iba en serio.

Era inútil discutir con él y tratar de convencerle de que esas cosas no tenían sentido y podían ser incluso contraproducentes.

Su perspectiva cambió cuando su madre le dijo que todos somos raros y que en realidad lo que hace especiales a las personas son los detalles como ese.

—Cuando Yevgueni haya muerto le recordarás por su insistencia en ponerse un calcetín de cada color, usar fijador solo en las patillas y limarse las uñas como tú, en vez de cortárselas, con un cortaúñas.

Lo cierto es que Ylenia la reprimió con su tono rústico. Siempre lo hacía.

Ylenia era una mujer práctica y serena a quien no le gustaba perder el tiempo ni hablar demasiado. Por eso cuando le decía algo solía ser una opinión contundente que había que tomar en serio.

Sofiya, pese a no entenderla, había aprendido a quererla con el tiempo.

Por eso tomó en serio sus palabras. Se quedó ca-

llada, agachó la cabeza y caminó a orillas del Kazanka, camino de casa, pensativa mientras el viento arreciaba.

Cuando llegó estaba exhausta y tenía el frío metido en los huesos. La casa estaba calentita y vio luz encendida proveniente de la cocina. Escuchó a Yevgueni silbando una conocida canción llamada *The man with glasses* y se alegró, ya que eso significaba que estaría de buen humor y, por lo tanto, cocinando.

La cocina. Esa era otra de las rarezas de Yevgueni. Le gustaba cocinar empanadillas rellenas de puré de patatas y triángulos de masa fermentada rellenos de ternera. Sin embargo no quería que nadie supiera que él era el tipo de hombre que entra en la cocina para hacer otra cosa que no fuera exigir o meter prisa a su mujer porque tenía hambre.

Sofiya era quien cocinaba normalmente. Aunque no le gustaba había aprendido a hacerlo por necesidad, pues cuando se habían quedado solos no había tenido más remedio que aprender a hacer sopas, a comprar pescado para guisos y tratar de recordar cómo se condimentaban el pato o la oca.

Yevgueni no había sido exigente con ella sobre ese tema. Suponía que era consciente de su juventud y de que las chicas de su edad prefieren estar ocupándose de otros asuntos, pintándose las uñas de los pies o chateando con sus amigas antes que aprender a hacer nuevos platos como hacían las mujeres hasta hacía bien pocos años. En ese sentido había sido un hombre comprensivo con ella, aunque tenía ciertas resistencias que mantenían a Sofiya como mujer sumisa.

—Conejita, ¿me traes una taza de té? —solía ronronear desde el salón cuando llegaba del trabajo.

Sofiya lo preparaba y se lo llevaba en la bandeja. Solo tenían una y era herencia familiar. Había varias versiones sobre de dónde provenía dicha reliquia. Yevgueni la atribuía a su bisabuela, Alina, que resultó muerta durante el parto de su último hijito. Como no les gustaba hablar de ello, era una especie de tabú en la familia. Yevgueni nunca había respondido las preguntas de



Sofiya al respecto de esa parte de la familia.

La bandeja era de madera policromada, ovalada, de fondo rojo con unas flores pintadas a mano, con grandes hojas verdes y lo inusual era que de entre las hojas salía, medio agazapado, un conejito del que solo se veían las orejas. Sofiya había estudiado aquella bandeja durante años con mucha curiosidad. Le parecía que aquel conejito estaba fuera de lugar como ella, y que quien pintó la bandeja quiso dejar un misterio sin resolver quizás para que algún día alguien como ella se hiciera preguntas al respecto de aquellas orejitas.

Yevgueni había sido un hombre amable con ella, por eso nunca se planteó dejarle y no le molestaba que la llamara conejita. Además, en cierto modo era verdad, ya que tenía diastema.

De niña eso le había acomplejado; sin embargo, de adulta, cuando le crecieron los pechos y los labios se volvieron sensuales, empezó a recibir mucha atención por parte de los estudiantes hombres de su escuela y eso hizo que el diastema quedara como una pequeña rareza, algo atractivo incluso, de esas que la hacían única, tal y como le había dicho Ylenia años atrás.

Se había dado cuenta de que mientras abriera las piernas cuando los hombres querían, su diastema no tenía ninguna importancia, y que Yevgueni la llamara «conejita» era irrelevante si la dejaba seguir con sus juegos y sus caprichos.

Yevgueni era abogado y vestía trajes elegantes a diario. En esos días de trabajo nunca mezclaba los calcetines ni se ponía la ropa al revés ni silbaba ni decía malas palabras cuando se enfadaba.

Sofiya también había aprendido a preparar su ropa para que estuviera perfecta, a planchar sus camisas y a almidonar sus corbatas. Eso lo había visto en *YouTube*. Lo había aprendido por recomendación de una de sus profesoras en la escuela, concretamente de su profesora de historia, quien se había preocupado mucho por ella y le había dado consejos que le habían salvado la vida. Se había alarmado por su relación con los hombres. Le dijo

que era demasiado joven para tener relaciones sexuales.

—Profesora, mi madre me tuvo con quince años.

—No quiero que te conviertas en una chica sin esperanza, eso es todo.

—No se preocupe, estoy jugando bien mis cartas.

La maestra se quedaba a menudo sin argumentos.

Ylenia era tártara. Por eso era ruda o al menos no educada socialmente como Yevgueni. Nunca entendió qué vio Yevgueni en ella. Qué pudo atraerle de aquella mujer que había envejecido tan mal y que se había criado en una cabaña en las orillas del Volga.

Con la historia de Ylenia pasaba como con la historia de la bandeja de Alina. Para empezar, Ylenia se la apropiaba, siempre le decía que esa bandeja viajó con su tatarabuelo desde Siberia, que era de donde provenía su familia, y otras veces le decía que su tío abuelo la ganó jugando a las cartas una noche en Crimea, de donde era originaria su familia.

Sofiya no sabía a qué jugaban, porque nunca había una sola versión de las cosas, como sucedía en otras familias, así que aprendió a aceptarlas todas y a vivir con todo.

Quedaban pocos días para la Navidad. Sofiya llegó a casa y encontró a Yevgeni lavando a mano como solía hacerlo, una vez a la semana, la ropa interior de ella.

Ella se acercó y le dio un beso en la nuca.

—Hola, conejita —respondió él.

Sofiya fue a dejar su bolso en el salón y vio que Yevgueni había estado escuchando música porque el tocadiscos estaba encendido y la portada del vinilo de Mighty Lights de Jane Ira Bloom sobre la mesa.

Sofiya había examinado aquel disco tantas veces o más que la bandeja de madera. Le intrigaba aún más cómo había llegado a las manos de Yevgueni aquel ejemplar. Nadie, nadie que ella conociera escuchaba jazz. A nadie le gustaba o interesaba aquel tipo de música, sin embargo Yevgueni había amado aquel disco

de una mujer que tocaba el saxofón y especialmente la canción *The man with glasses* desde siempre.

Cuando ella le había preguntado de dónde había salido aquel disco él sonreía y le contaba varias versiones: que se lo regaló un cliente, que se lo regalaron en la coctelería que cerró en los años 80. Otra vez le contó que se lo dejó el padre de una novia que tuvo en la universidad y que, como rompieron de forma abrupta, él nunca le devolvió ese disco.

De todas las versiones, la última era la que menos le gustaba porque la ponía celosa. Pensaba que el hecho de que Yevgueni quisiera escuchar una y otra vez ese disco le debía de llevar de alguna forma a aquella época y a aquella novia.

Sin embargo sabía que era probable que ninguna de las versiones fuese cierta y, de igual modo, había aprendido a convivir con ellas.

Sofiya se acercó al tocadiscos y posó la aguja en el disco, justo donde sabía que más o menos comenzaría la canción preferida de Yevgueni. La música empezó a inundar las estancias y a los pocos segundos Yevgueni salió con las manos mojadas por la colada que estaba realizando y con una sonrisa muy boba que se le ponía siempre que Sofiya hacía algo por complacerle.

—Conejita —le susurró desde la puerta.

Era el día de Navidad. Ni Sofiya ni Yevgueni habían trabajado aquel día.

Habían pasado el día en casa escuchando a Mighty Lights y preparando juntos la comida en la cocina. A Sofiya le encantaba ese día porque siempre le recordaba a su niñez. Los olores de la comida que preparaba Yevgueni le hacían sentirse la niña que un día dejó de ser de forma irreversible para convertirse en adulta.

Yevgueni, su padre, le preparaba los platos que Ylenia le había enseñado a cocinar antes de irse de casa cuando la niña contaba nueve años: oca curada, y belish.

Su padre siempre hacía esta empanada en un enorme molde redondo, excesivo para los dos, pero quería que sobrara para

poder comérsela al día siguiente. Sofiya creía que la que hacía su padre era mucho más rica porque, aparte de oca, le ponía menudillos y quedaba más sabrosa.

—¿Has puesto el *champagne* en la nevera? —preguntó Sofiya.

—Sí, conejita, dos botellas.

A Sofiya le encantaba el *champagne*, era su bebida favorita, y su padre siempre, siempre en Navidad compraba dos botellas de Veuve Clicquot y se pasaban la tarde acurrucados en el sofá bebiendo champagne y comiendo mandarinas.

El olor que desprendían las mandarinas al quitarles la piel era intenso y se esparcía por toda la casa. Luego, se quedaba el aroma impregnando en las manos de ambos y ella adoraba atesorar aquel recuerdo de los sabores y olores, la fina textura de las burbujas en su paladar, y tras cada sorbo el gajo de una mandarina jugosa.

Olía sus manos, cogía las de Yevgueni y se las acariciaban, se miraban a los ojos y volvían a llenarse las copas mientras sonaba *The man with glasses* hasta el anochecer y se quedaban dormidos.



# ÍNDICE

## PRÓLOGO

<i>Narrar la música, tocar las palabras</i> .....	13
<i>Champagne y mandarinas</i> .....	23
Jane Ira Bloom.....	29
<i>Las manos del contrabajista</i> .....	33
Esperanza Emily Spalding.....	39
<i>Cuatro veces</i> .....	43
Laurie Frink.....	49
<i>Eran las noches</i> .....	53
Marian MacPartland.....	61
<i>La observadora</i> .....	65
Bassie Smith.....	73
<i>La pequeña Noreen</i> .....	77
Melba Liston.....	85
<i>Los chicos como él no van con chicas como nosotras</i> ....	89
Carla Bley.....	97
<i>Mariposa</i> .....	101
Pannonica de Koenigswarter.....	107
<i>Pelo rosa</i> .....	111
Ella Fitzgerald.....	119
<i>Sin pasado</i> .....	123
Alice Coltrane.....	129
<i>Una única pregunta</i> .....	133
Tokisho Akiyoshi.....	141

<i>Yo solo quiero tocar</i> .....	145
Viola Smith.....	151
La autora: Sonia Rico.....	159

Este libro terminó de imprimirse en Navarra  
un 10 de julio de 2022  
coincidiendo con el natalicio de la escritora  
Alice Ann Munro  
en cuarto creciente.









Impreso en Navarra, España.  
Printed in Navarra, Spain.  
Imprimé á Navarra, Espagne.





